

La lección de Peter Schreier

ÁLVARO
MARIÁS

Entre la no escasa morralla existente en la actividad musical madrileña —morralla las más de las veces carísima y casi siempre de importación— destaca por su ejemplaridad el ciclo de "Lied" coproducido por "La Zarzuela" y la Fundación Caja de Madrid. Una vez más este ciclo nos ha dado ocasión de disfrutar de la música en su estado más puro.

Como otros liederistas, Schreier ha sido un gran ausente de la vida musical española. Desde que tengo uso de razón musical, tan sólo recuerdo su presencia en Madrid para cantar el *Don Otta-vio* del *Don Giovanni* en "La Zarzuela". Ahora nos llegó, con casi sesenta años a las espaldas, para ofrecer un recital dedicado a los "Lieder" de Beethoven y Schumann. Peter Schreier (Mies-sen, 1935) es una figura mítica en el mundo del canto. En cierto modo representa dentro de la cuerda de tenor algo parecido a lo que ha representado Fischer-Dieskau en la de barítono. Es Schreier un ejemplo puro de cantante en la tradición germánica: un cantante culto, sensible y profundo, en la que el elemento vocal no ha hecho descuidar jamás lo musical e interpretativo.

MÚSICA

«Schreier partió de la más absoluta falta de espectacularidad: ese no ir a buscar al público a la butaca, esa ausencia total de guiños, esa expresividad espontánea y natural que no conoce el exceso, ese hacer música con la espontaneidad de lo cotidiano, nos hablaron de la época dorada de la interpretación de la que es feliz superviviente.»

Como sucede tantas veces entre los cantantes alemanes, en Schreier predomina el liederista y el cantante de oratorio por encima del tenor de ópera. Como tal, Schreier, un tenor lírico de timbre algo ligero, ha sido uno de los grandes intérpretes de la ópera de Mozart de nuestro tiempo, aunque sus incursiones en el repertorio "grande" no sean escasas, habiendo abordado magistralmente papeles como el Kaspar del "Cazador furtivo" e incluso personajes wagnerianos "menores", como el David de *Los Maestros Cantores*, el Loge del *Oro del Rin* o el piloto del *Tristán*.

A pesar de los años, y de su cada vez más frecuente actividad como director de orquesta, Schreier sigue siendo el cantante de siempre. Su voz, que nunca ha sido ni grande ni de una extremada belleza, se conserva tal cual: es una voz que, lejos de constituir un fin en sí misma, es un instrumento puesto al servicio de una musicalidad de la mejor ley y sustentado por una técnica perfecta. Su actuación sorprendió, en primer lugar, por su naturalidad, por su sobriedad, por su clasicismo. Schreier partió de la más absoluta falta de espectacularidad: ese no ir a buscar al público a la butaca, esa ausencia total de guiños, esa expresividad espontánea y natural que no conoce el exceso, ese hacer música con la espontaneidad de lo cotidiano, nos hablaron de la época dorada de la interpretación de la que es feliz superviviente. En esta naturalidad, en esta falta de artificio, en esta sabia veteranía jugó un papel importantísimo el pianista Walter

Olbertz, excelente colaborador de la velada.

El recital, espléndido en todo momento, fue de menos a más, desde las canciones de Beethoven a la maravilla del *Liederkreis Op. 39* de Schumann, para culminar, ya fuera de programa, en el regalo inapreciable del liedertisch schubertiano, de la mano del cual vivimos algunos instantes de esos que no se olvidan jamás, de esos que quedan grabados para siempre en la memoria y en la sensibilidad. El recital de Peter Schreier fue una lección magistral a la que no debería haber faltado ninguno de nuestros cantantes jóvenes: fue una lección de canto, de interpretación y de estilo; pero fue además, una lección maravillosa de honestidad artística, de compromiso con la obra de arte, de humildad, de sinceridad y de emoción. Por ello, antes que el testimonio de admiración, debemos darle el testimonio de nuestra gratitud y rogar para que la ocasión se repita. Los privilegiados asistentes de la velada salieron —salimos— transfigurados. Ese y no otro, es el más alto, el más envidiable lujo que conozco.

Krzysztof Zimmerman

Dentro de otro ciclo ejemplarmente concebido, el de recitales de piano organizado por "Scherzo" con motivo de su décimo aniversario, nos ha visitado, una vez más, Krzysztof Zimmerman. A partir de un programa aparentemente extraño, pero que funcionó, de hecho, de modo satisfactorio, el

«No hace falta decir que el pianismo de Zimmerman es uno de los más bellos, infalibles y refinados de la historia de su instrumento. Esta vez, además, su concierto estuvo completamente libre de cierto grado de exhibicionismo técnico del que hizo gala, innecesariamente, en su última visita madrileña.»



recital del gran pianista polaco fue del todo admirable. No hace falta decir que el pianismo de Zimmerman es uno de los más

bellos, infalibles y refinados de la historia de su instrumento. Esta vez, además, su concierto estuvo completamente libre de cierto grado de exhibicionismo técnico del que hizo gala, innecesariamente, en su última visita madrileña.

Debussy, Webern y Bach, en la primera parte; Bach, Webern y Chopin en la segunda, constituían una propuesta bastante sorprendente. En realidad, las breves piezas de Webern, impecablemente tocadas, cumplieron la misión de "cortar el sabor" musical en los oídos de los oyentes, un poco al modo de los sorbetes que ofrecen entre plato y plato los representantes de la *nouvelle cuisine*.

Resulta en la actualidad bastante arriesgado para un pianista la programación de la música de Bach, debido a la fuerza de las interpretaciones clavecinísticas y a los serios problemas estilísticos que una interpretación pianística plantea. Zimmerman tocó la música de Bach todo lo bien que se puede tocar en un piano: sin renunciar a las posibilidades de su instrumento, sin pretender historicismos que no tienen sentido sobre un instrumento anacrónico para la música barroca pero, al mismo tiempo, sin caer en ningún exceso ni romántico ni de otro tipo: un Bach serio, natural, transparente, que pudimos escuchar con agrado incluso los más comprometidos con las interpretaciones históricas.

Enmarcando el bloque "abstracto" del programa, representado por la música de Webern y Bach, Zimmerman regaló nuestros

oídos con el primer cuaderno de las *Imágenes* de Debussy y con la *Segunda sonata* de Chopin. El Debussy de Zimmerman es de una belleza y de una precisión técnica y expresiva —o "impresiva", si se prefiere— que quizá sólo puede compararse con la alcanzada por Arturo Benedetti Michelangeli. La *Segunda sonata* de Chopin puso fin a la formidable velada. Estaba muy reciente el recuerdo de la versión de esta misma obra de Maurizio Pollini, dentro del mismo ciclo de conciertos, interpretación que se aparecía como insuperable. La versión de Zimmerman, sin hacernos olvidar la del pianista italiano, fue toda una lección de elegancia, musicalidad y coherencia interpretativa.

Gustav Leonhardt

El ciclo "Liceo de Cámara" nos ha traído a Gustav Leonhardt, esta vez como clavecinista. Es Leonhardt a estas alturas un verdadero mito viviente, una figura histórica que se encuentra por encima del bien y del mal. El genial clavecinista holandés encarnaren mayor medida que ningún otro músico, el movimiento de recuperación interpretativa de la música barroca, sin duda uno de los hechos más trascendentes y audaces de la música de nuestro tiempo.

El precioso recorrido propuesto por Leonhardt en su recital, que nos conducía del clave francés de D'Anglebert, Forqueray y Rameau a la culminación que

MÚSICA

supone la música de Bach, pasando por la de uno de sus más significativos predecesores alemanes, Georg Bóhm, resultó tan magistral como apasionante.

Es Leonhardt músico particularmente sobrio, hasta el punto de que se diría que le

«Es Leonhardt a estas alturas un verdadero mito viviente, una figura histórica que se encuentra por encima del bien y del mal. El genial clavecinista holandés encarna, en mayor medida que ningún otro músico, el movimiento de recuperación interpretativa de la música barroca, sin duda uno de los hechos más trascendentes y audaces de la música de nuestro tiempo.»

molestaran los aplausos del público, que sintiera repulsión por cuanto de "espectáculo" pueda haber en un concierto. Tanto su actitud en escena como el programa escogido parecía encauzado para evitar un gran éxito. Leonhardt parece tocar para sí mismo: la técnica —¡qué maravilloso sonido! ¡qué asombrosa articulación!— es tan prodigiosa, tan depurada e infalible, que pasa desapercibida; su expresividad, siendo sumamente eficaz, es tan sobria, tan contenida, tan interiorizada, que parece correr el riesgo de no ser captada por el auditorio. Y sin embargo la sabiduría, la autenticidad, la seriedad y reciedumbre de este músico prodigioso logran el milagro de entusiasmar al auditorio.

Leonhardt logró transmitir con insuperable eficacia el mensaje de encanto, de elegancia, de señorío, de orgulloso distanciamiento que subyace en la música del barroco francés. Su Bach alcanzó la suprema sabiduría, la profundidad, claridad de ideas y la contundencia formal ideales. Por cierto que el programa incluía una página de Bach desconocida, recientemente descubierta: la *Fantasia en do menor BWV Anh 205*, una hermosa página menor compuesta por un Bach juvenil.

Hay que añadir que el concierto estuvo acompañado de unas notas al programa absolutamente ejemplares, firmadas por el clavecinista Pablo Cano.